

Dr. Justo L. González

LA CRISIS

COMO LUGAR TEOLÓGICO
DE RESPONSABILIDAD Y OPORTUNIDAD

Dr. Justo L. González

LA CRISIS

COMO LUGAR TEOLÓGICO
DE RESPONSABILIDAD Y OPORTUNIDAD

AETH. Capítulo de Puerto Rico.
Septiembre 9, 2020



Al entrar a este tema, lo primero que es necesario hacer es definir lo que entendemos por “*crisis*” en un contexto teológico. Generalmente, cuando nos referimos a algo como una “*crisis*”, estamos hablando acerca de una situación difícil que se nos viene encima. Si decimos que un negocio está en crisis, lo que queremos decir es que su existencia misma está en peligro. Cuando hoy hablamos de “*crisis*”, nos referimos a la pandemia del virus COVID-19, y a sus consecuencias, así como también a los huracanes recientes, los terremotos y sus consecuencias; a la corrupción política, el descalabro económico, la intervención extranjera en la economía, el enorme número de personas desempleadas, la apresurada emigración a otras tierras, la creciente tasa de suicidios y de abusos domésticos, y cuestiones semejantes.

Naturalmente, todo eso es importante. Es urgentemente importante. Y ciertamente esta es una de las dimensiones de la palabra “*crisis*”.

Pero la palabra “*crisis*” tiene un sentido más amplio que implica no solamente urgencia, sino también la necesidad de tomar decisiones. Esto se debe a que la palabra “*crisis*” originalmente quería decir juicio, frecuentemente refiriéndose al momento de juicio o momento de determinación. Por eso es que todavía hoy decimos que una enfermedad ha llegado a su punto crítico cuando está por decidirse si la enfermedad comenzará a ceder o si, al contrario, se agravará. Es por eso que de la misma raíz derivamos la palabra “*crítica*”. Cuando decimos “*crítica literaria*”, no queremos decir que la literatura esté en crisis

en el sentido más común, sino más bien que se le está juzgando. De igual manera, cuando decimos que una persona es “*criticona*”, lo que estamos diciendo no es que produce graves convulsiones como lo que corrientemente llamamos crisis, sino sencillamente que le gusta juzgar negativamente las decisiones de otros. En otras palabras, si “*crisis*” quiere decir “*juicio*”, entonces la persona criticona se dedica a juzgar los juicios de otros – o, si queremos decirlo así, a criticar las acciones críticas de otros.

Estoy diciendo todo esto porque la palabra “*crisis*” tiene una larga tradición teológica. El tema del juicio y de su prima hermana la decisión aparece a través de toda la Biblia, desde el huerto del edén en Génesis hasta el juicio final en el Apocalipsis.

La palabra cobró particular importancia durante la gran renovación teológica que tuvo lugar a principios del siglo XX bajo la dirección de Karl Barth y otros teólogos comúnmente llamados neo ortodoxos. Estos frecuentemente se referían a lo que estaban produciendo como “*teología de la crisis*”. Lo que querían decir era en parte que la crisis, la urgencia de decisiones trascendentales, se encuentra en el corazón mismo de la fe cristiana; que sin crisis no hay fe; que Dios nos presenta constante y repetidamente alternativas ante las cuales tenemos que tomar decisiones y que son por tanto críticas o momentos de crisis.

Desafortunadamente, en generaciones posteriores, al tratar acerca de aquella teología de la crisis, esto se ha vuelto principalmente cuestión individualista. Se interpretó a Karl Barth y a otros a la luz de lo que Kierkegaard había dicho acerca del “*momento ante Dios*” – un sentido de crisis en el cual el creyente individualmente se encuentra ante Dios y tiene que tomar decisiones difíciles – decisiones críticas – y tomarlas solo.

Pero lo que se olvidaba en ese modo de interpretarlo que aconteció a principios del siglo XX fue que la crisis de aquellos días no

era solamente cuestión interior, privada, asunto del encuentro personal con Dios. Era eso, sí; pero era también mucho más. Aquella teología era respuesta a un momento de crisis no solamente en lo personal, sino también en lo social y político. Aquella teología se forjó en medio de las tragedias de la Primera Guerra Mundial, de la pandemia de la mal llamada “*influenza española*” que asoló al mundo inmediatamente después de la guerra; de la profunda depresión económica; del creciente nacionalismo alemán que dio en el nazismo; y de una Segunda Guerra Mundial.

Lo que acontecía en Alemania en aquellos años era que el país, acostumbrado a ser luminaria del mundo, centro de ciencias y conocimientos, productor de riquezas, se veía en decadencia y desplazado por otros. En aquel momento Hitler y sus asociados comenzaron a promover un nacionalismo extremo que pretendía restaurar la grandeza de Alemania limitando las libertades civiles y buscando chivos expiatorios en los judíos y otras minorías. Como parte del programa nazi, se cooptó a las iglesias creando lo que se llamó el “*cristianismo alemán*”, que era una mezcla de nacionalismo antisemítico y xenofóbico con visos de cristianismo, de apelaciones a la Biblia para justificar las acciones del gobierno, y otras blasfemias semejantes. (Y en todo esto de retornar a la grandeza nacional, y de disfrazar el chauvinismo racista con visos de cristianismo, debo decir si hay alguna semejanza con situaciones actuales, no es pura coincidencia.)

Fue entonces que aquellos teólogos llamados “*de la crisis*” respondieron sobre la base de su fe y de su teología. Reunidos en la ciudad de Barmen, 139 delegados de las iglesias evangélicas – es decir, luteranas, reformadas y unidas – de toda Alemania, reafirmaron su fe y la fe de la iglesia de manera valiente. Aquel año de 1934 era difícil, pues ya se había llegado al punto en que toda persona que criticara al nazismo se consideraba antipatriótica y sospechosa de traición. Disfrazado de cristianismo, el paganismo nazi, que parecía ofrecer la salvación patria mediante una adulación casi idolátrica al líder

nacional, había forzado a muchos líderes de la iglesia a doblegarse ante él y unirse al movimiento de lo que llamaban “*cristianismo alemán*”.

La crisis era seria. Quienes se reunieron en Barmen sabían que aquello podía costarles su empleo y su libertad, y hasta el exilio o aun la muerte. Sabían ciertamente que su declaración llevaría a su expulsión de las iglesias que habían venido a ser instrumentos del régimen de Hitler. Pero estaban en verdadera crisis. Estaban en un momento de juicio inminente, cuando había que decidir entre la fe y la infidelidad. La decisión que tomaron estuvo clara. Y cito algunas de sus palabras:

“Rechazamos la doctrina según la cual la iglesia puede dejar a un lado su mensaje para su propio provecho o para ajustarse a las ideologías y convicciones políticas prevalecientes.”...“Rechazamos la doctrina falsa según la cual el Estado puede traspasar su función particular y convertirse en el orden único y total para la vida humana, así posesionándose de la vocación de la iglesia.”...“Rechazamos como doctrina falsa el que por motivo de arrogancia humana la iglesia pueda colocar la obra y Palabra del Señor al servicio de deseos, propósitos y planes escogidos arbitrariamente.”

El resultado de todo esto fue el surgimiento del “*Sínodo Confesante*,” rápidamente rechazado por la Iglesia Evangélica Alemana. Fueron ese Sínodo Confesante, y sus miembros y seguidores, quienes supieron en aquel momento de decisión, en aquel momento de crisis, tomar el camino de la cruz. Fueron ellos quienes salvaron a muchos judíos de los hornos de Hitler. Fueron varios de ellos quienes murieron en campamentos de concentración o ejecutados por orden del gobierno.

En aquel momento en el año 1934, la iglesia evangélica alemana estaba en crisis. La crisis no consistía en que la concurrencia el culto estuviera decayendo, o en que hubiera menos entradas económicas,

o en que la iglesia estuviera perdiendo relevancia. La crisis consistía en que Dios le estaba presentando a la iglesia la misma alternativa que los primeros humanos tuvieron allá en el Génesis y los últimos tendrán según el Apocalipsis: la alternativa entre la fidelidad y la dificultad por un lado y la fácil aceptación de los paradigmas de la sociedad en general por otro.

Hoy la crisis, al tiempo que es diferente, también en cierto sentido es la misma. Si entendemos por crisis juicio, la crisis que se nos presenta no es la pandemia. La crisis que se nos presenta es cómo hemos de responder a la pandemia. La crisis que se nos presenta no son los huracanes y la devastación. La crisis que se nos presenta es cómo hemos de responder a esos huracanes y a esa devastación. La crisis que se nos presenta no es el desempleo, ni el abuso doméstico, ni la corrupción política. La crisis que se nos presenta es cómo hemos de responder al desempleo, cómo hemos de responder al abuso doméstico y cómo hemos de responder a la corrupción política. En una palabra, estamos en crisis porque el Dios que a través de las edades ha confrontado a su pueblo con la necesidad de responder en fidelidad, hoy nos confronta con la misma necesidad de responder en fidelidad y obediencia.

Si la idea misma de crisis implica alternativas, encrucijadas, decisiones, posiblemente el primer paso para responder con fidelidad y obediencia a las crisis de hoy sea empezar por analizar algunas de esas alternativas que se nos presentan.

Quizá la más importante de todas esas alternativas esté en decidir entre el amor a la iglesia y el amor al mundo al que la iglesia ha de servir. El Evangelio de Juan no dice que Dios amó a la iglesia, sino que Dios *“de tal manera amó al mundo”*. Amamos a la iglesia porque es instrumento de Dios para manifestar su amor al mundo. Luego, tenemos que decidir ante todo que lo que nos importa no es el prestigio y el bienestar de la iglesia, sino el beneficio y el bienestar de todo ese mundo de que la iglesia es parte.

Esto quiere decir que al responder a situaciones críticas como las que nos presenta la pandemia lo importante no es que la iglesia muestre lo mucho que sabe, sino más bien que muestre lo mucho que ama. A veces parece que pensamos que la tarea de la iglesia es darles respuesta a todas las preguntas humanas. Somos creyentes; tenemos la Palabra de Dios; sostenemos la sana doctrina; por tanto, debemos tener respuesta a todas las preguntas y poder explicarlo todo. Esa ha sido frecuentemente la tentación de la iglesia ante cualquier desastre, descalabro o tragedia. Una madre nos pregunta, *“¿por qué murió mi hijo?”*, Y, por nuestro propio prestigio y el de la iglesia, nos sentimos obligados a darle alguna razón. Alguien nos pregunta, *“¿por qué ha venido la pandemia?”* Y, por nuestro propio prestigio y el de la iglesia, nos sentimos obligados a dar razones.

El problema está en que esas razones más que razones son chivos expiatorios, explicaciones que damos para lavarnos las manos. Así cuando la gran peste bubónica asoló a Europa a fines de la edad media, los líderes de la iglesia dijeron que era culpa de las brujas y de los judíos, con el trágico resultado que todos conocemos. Cuando el sida apareció, hubo explicaciones supuestamente teológicas reclamando que era castigo de Dios por la homosexualidad. Cuando se descubrió que el uso de drogas también lo transmitía, se dio una explicación semejante. Ahora, que los muertos van llegando los 80 millones, y que muchos de ellos son niños recién nacidos e inocentes, tales respuestas deberían causarnos vergüenza.

Entonces, repito, la tarea de la iglesia no es tener respuestas a todas las preguntas que se nos puedan plantear, sino más bien dar respuesta a las necesidades que podamos descubrir. A la madre que pregunta por qué murió su hijo no podemos darle explicaciones; pero sí podemos darle solidaridad, apoyo y amor. Al mundo que pregunta por qué vino la pandemia, no podemos responderle buscando nuevos chivos expiatorios; pero sí podemos responderle mostrando solidaridad.

De igual modo, si es cierto que la tarea de la iglesia no es defender a la iglesia, entonces la tarea de nuestros líderes no es buscar la manera de que se nos permita reunirnos físicamente para el culto, aun cuando eso pueda prolongar la pandemia, como parecen pretender algunos, sino buscar otros modos de reunirnos, no para ver que somos muchos, sino más bien para buscar inspiración, modos y fuerza para responder con amor a los muchos dolores causados por la pandemia. Pretender que tenemos que reunirnos como siempre sin dejar que la pandemia nos interrumpa me recuerda la actitud de aquellos líderes de la sinagoga que pretendían que las observancias sabatinas no podían interrumpirse para ayudar a una mujer encorvada o a un hombre paralítico.

Si el evangelio es buenas nuevas, lo que ese evangelio requiere no es que mostremos que tenemos respuestas a todas las preguntas, sino más bien que mostremos que compartimos las preguntas con los dolidos; y también y sobre todo, que compartimos su dolor.

En última instancia, me parece que aquí nos puede ayudar Martín Lutero con sus famosas palabras acerca de la teología de la cruz, que se opone a la falsa teología de la gloria. Según Lutero, la teología de la gloria pretende ver a Dios en lo hermoso, en lo poderoso, en lo que brilla. Pero la teología de la cruz ve a Dios en el dolor, en la duda, en la amargura. Porque ese es nuestro Dios, un Dios a quien conocemos no solamente en las hermosas puestas de sol, sino también y sobre todo en el dolor de la cruz.

Y esto quiere decir que hemos que tener cuidado con esa frase tan inspiradora de que *“andamos en victoria”*. Sí, andamos en victoria; pero es la victoria de la cruz. Sí, andamos de victoria; pero eso no quiere decir que todo va a resultar como deseamos. Andamos en victoria; pero es la victoria de la esperanza aun no llevada a la realidad. Andamos en victoria; pero eso no quita el dolor, ni la duda. Andamos en victoria porque creemos en un Dios que de tal manera nos ha amado, que de tal modo se ha hecho uno de nosotros, que desde la cruz misma pudo

gritar: “*Señor, Señor, ¿por qué me has desamparado?*” Andamos en victoria porque nuestro Dios ha asumido nuestro propio dolor; porque no sufrimos solos. Y porque no sufrimos solos, nuestro andar en victoria quiere decir andar también en la derrota de los demás, entenderles y respetarles en lugar de criticarles cuando les oímos decir: “*Señor, Señor, ¿por qué me has desamparado?*”

Permítaseme tomar unos minutos para aclarar esto. Nuestro Dios nos ama de tal modo que no deja de amarnos porque, en momentos de dolor y desesperación, protestemos ante él. Cuando de adolescente yo les decía a mis padres, “*Ustedes no me entienden; no entiendo lo que quieren; esto es una injusticia*”, al tiempo que estaba prácticamente rebelándome contra ellos lo estaba haciendo también porque estaba convencido de que mi rebelión no destruiría su amor. Cuando un creyente está verdaderamente convencido o convencida de que Dios le ama, se atreve a decir en sus momentos de desesperación y confusión “*Señor, Señor, ¿por qué me has desamparado?*”.

Y, si tenemos el derecho de protestar ante Dios porque sabemos que Dios nos ama, eso quiere decir también que nuestra tarea no es defender a Dios ante quienes le rechazan o culpan por razón de la pandemia, o de las dificultades económicas, o del abuso doméstico. Dios no nos pide que le defendamos. Dios nos pide que le seamos obedientes; que manifestemos su amor; que demos muestra de la esperanza que hay en nosotros. Dios no nos pide que tengamos respuesta para todas las dudas humanas. Pero sí exige que de alguna manera respondamos a todas las necesidades humanas.

Andar en victoria entonces no es sencillamente tener todos los problemas resueltos, ni carecer de preocupaciones, sino que es más bien saber que en medio de nuestros problemas y en medio de nuestras preocupaciones el Dios crucificado, quien es también el Dios todopoderoso, está con nosotros y nosotras. Andar en victoria es vivir esto de tal modo que cuando alguien nos exprese su dolor, su angustia, su duda acerca de Dios mismo, recordemos que nuestra

tarea no es pretender que no tenemos problemas, sino asegurarles de que el Dios de la cruz, quien es también el Dios todopoderoso, está con nosotros y nosotras en medio de nuestros problemas, y por tanto está también con esas otras personas, por incrédulas que sean. Porque Dios no deja de amarles porque no crean en él.

Quizá este sea uno de los puntos en que más trágicamente hemos fallado. Frecuentemente hemos dado la impresión de que la fe cristiana es una especie de amuleto que nos libra de todas las dificultades. Quienes escuchan estos testimonios de fe reciben la impresión de que se es cristiano para que se nos resuelvan los problemas. Esto, que frecuentemente la iglesia ha dicho de manera un poco más velada, últimamente ha explotado en forma de todo un supuesto evangelio que les promete prosperidad a sus seguidores y les dice que si se unen a una iglesia particular no tendrán ya más sufrimientos. Eso, mis hermanos y hermanas, es una blasfemia. Y como tal será juzgada en el día de la crisis final por el Dios de los ejércitos.

Andar en victoria quiere decir también que no necesitamos de los poderes del mundo para ser victoriosos. Cuando los magos de oriente llegaron a Jerusalén pidiendo instrucciones, los líderes religiosos de aquellos tiempos se doblegaron ante el poder de Herodes y le hicieron saber dónde era que el niño habría de nacer. El resultado fue la matanza de los inocentes y la huida de la familia santa a Egipto. Cuando los líderes religiosos se doblegan ante los reyezuelos del momento, el resultado es la muerte de muchos inocentes y el exilio y sufrimiento de muchos otros. La iglesia no puede ni debe estar ausente de la vida política. Pero cuando la iglesia se dedica a buscar el apoyo de uno u otro partido político, de una u otra persona en posición poderosa, Satanás mismo ha entrado en la iglesia, como entró en Judas cuando se vendió por unas miserables piezas de plata.

Esto también es una dimensión de la crisis presente. Si la crisis es cuestión de juicio, de decisión, de obediencia, lo que la iglesia tiene que hacer hoy ante la pandemia, ante los abusos económicos

y domésticos, es semejante a lo que tuvo que hacer Josué allá cuando le dijo al pueblo: *“Escogeos vosotros hoy a quién serviréis”*.

Una verdadera crisis no es solo dificultad. No es solamente tragedia. No es solamente dolor. La crisis – toda verdadera crisis – es cuestión de decisión. Es cuestión de obediencia. Es cuestión de tener que decir hoy, como se dijo antaño: *“Escogeos vosotros hoy...”*

Y lo hermoso, lo increíble, las buenas nuevas en todo esto es que el Dios que nos dice: *“Escogeos vosotros hoy”* es el mismo Dios que fue tentado en el desierto, y por tanto conoce la tentación; el mismo Dios que clamó *“¿por qué me has desamparado?”*, y por tanto conoce la angustia; el mismo Dios que por nosotros y nosotras vino a vencer a través de la cruz; el mismo Dios que nos llama a una vida en victoria – pero en victoria a través de la cruz.

*De él son la gloria y alabanza, el imperio y potestad,
por siempre jamás.*

Amén.

